

POR TIERRAS DE LA GOAJIRA

(II)

LA FUNCION FABULADORA. — Instintivamente palpita en todo hombre la "función fabuladora".

Pero el civilizado, el "culto", ha recordado, con gesto estoico, las inquietas alas de ese instinto, aprisionándolo entre vallas de industria y maquinaria o en tupida red de fórmulas. Posee el "culto" una serie de "factores reductores" de esa función: hábitos científicos, adquisiciones, posturas aprendidas.

En cambio, en el primitivo, en el "intacto", cuyo espíritu, como fresca parcela de prado, está todavía embebido de Naturaleza, despliega esa "función fabuladora" sus vistosas alas multicolores en un vuelo de mitos y leyendas.

Porque atañe a esa "función" forjar simbolismos, poblar de signos mágicos o vaporosidades espiritistas aun las realidades más caseras del vivir cotidiano.

Rasgo típico del primitivo es el desarrollo desmesurado de la "fabulación" al par que su espontánea lozanía. Todo un mundo — etéreo, movedido, esfumado — se anida en su psiquismo, fruto de la ensoñación dejada correr sin trabas.

Cooperan a enardecer la "fabulación" las mismas circunstancias ambientales en que de ordinario vive el primitivo. Así, por ejemplo, en La Goajira, la falta de luz eléctrica hace que, a la caída de la tarde, aquellas inmensas soledades se pueblen de misterio. Sumergido el psiquismo entero en un "ambiente admirable" se desencadenan, desde las más profundas zonas, las energías inter-

pretadoras. El yo se proyecta potente, como reflector hincado en el desierto. Entonces, la sombra de un árbol se convierte en "el dedo de un espíritu"; el silbo estridente del viento, el rozar de un murciélago, aun el tenue parpadeo de la luciérnaga, prenden antorchas de misterio en la imaginación del primitivo, cuyo oído comienza a escuchar voces misteriosas de ultratumba, y cuyos ojos ingenuos empiezan a descubrir, tras cada piedra, en cada relámpago, un geniecillo inquieto y original.

Fenómeno, por lo demás observable no sólo en La Goajira, sino en otras regiones de Venezuela.

Son las alas sueltas de la "función fabuladora", sustentadas por la poesía de lo oscuro, lo solitario, lo lejano, lo desconocido!

Es cierto que gran parte de ese mundo de interpretaciones no podría coexistir con las adquisiciones científicas. Así, por ejemplo, un buen Zeiss, destruiría, de un plumazo, la brillante estela de interpretaciones que, sobre el origen de las enfermedades, ciñe la frente del primitivo. Y donde éste ponía "mal de ojos", espíritus, genios, duendes, brujas, encantos, el objetivo del microscopio nos coloca, frente a frente, el enemigo implacable, el microbio.

No se puede negar, sin embargo, que resulta inmensamente poético ese ropaje con que el primitivo cubre todas las cosas; que rebosa encanto infantil esa visión animadora de lo real.

Y aunque, en último análisis, resulte falsa, como explicación inmediata de un fenó-

meno, será siempre símbolo de un anhelo escondido en el ser humano. afán de alas, afán de color, empeño por descubrir un horizonte lejano, más allá de lo tangible.

Nuestra supercivilización moderna, hecha a base de cálculo y número, ha habituado al hombre a la arista definida. Vive el hombre rodeado de "seguridades" en un mundo perfectamente calculado. Esta nitidez de contornos ha borrado, siembargo, de él, lo que da al primitivo el contacto con la naturaleza: ingenuidad, alas de poesía, penetración profunda en el misterio de las cosas.

Por eso, tras la absurda magia del primitivo, se descubre una buena dosis de "espiritualismo", que no posee el civilizado, tras su parapeto de fórmula y maquinaria.

Por eso, del primitivo puede el civilizado recibir una lección de "espíritu", como de éste, aquel aprenderá la fría técnica.

Dicho en otra forma: el primitivo puede resultar, en ocasiones, más "filósofo", en el sentido hondo de la palabra, que el supercivilizado materialista, cuya interpretación de la vida se reduce a un panorama de números o a una aensa red de fórmulas.

El primitivo, en el ídolo, hace pié para dar el gran salto al mundo del espíritu. El supercivilizado, troquelado en pura materia, se afina en la maquinaria, con el único anhelo de caer rendido en sus brazos de hierro.

Mucho, pues, puede el hombre moderno aprender tras la abigarrada mitología y costumbres de pueblos primitivos. Dejando la hojarasca de la capa simbólica, se adentrará en el meollo palpitante y jugoso, de lo humano, que en todas ellas pulula. Y, entre otras lecciones, aprenderá el retorno a las grandes fuentes de la vida: a acercarse más a esas realidades engendradoras de belleza; a dialogar con fuentes y palmeras; a aguzar el oído interior para descubrir tras el tosco ruido, el sonido inimitable, tras el campo, el paisaje, tras el confín, el horizonte, y finalmente, tras la nitidez de la línea, el aleteo vaporoso del mundo impalpable.

El valor de las grandes producciones del espíritu humano radica, precisamente, en que fueron concebidas y realizadas con "ojos de niño", esto es, en alas de una intuición, a través de un baño de contemplación directa de lo bello.

Ahora bien: todo primitivo es un "gran niño" que acaba de despertar a la vida, con sus ingenuos ojos abiertos, encandilados todavía por emoción mañanera, con su lenguaje de magia, respuesta homérica a la

gran interrogación de la vida: lo admirable "metafísico" en que flotan todas las cosas.

El primitivo, como el niño, entrañan, pues una misión pedagógica: a su contacto refrigerante, se renuevan las energías viriles, cansadas de correr.

TECNICA CURATIVA

Arrastran por el suelo goajiro su venenosa cabeza culebras como la macaurel, la viborara. . Azotan los carnes del indio enfermedades como el sarampión, el paludismo ...

Y, siembargo, el indio, en su deliciosa simplicidad primitiva, continúa atrimuyendo a "mal espíritu" buen porcentaje de sus enfermedades.

Sobre este supuesto, su "técnica curativa" resulta perfectamente lógica.

La enfermedad proviene de un mal espíritu que se ha alojado en el organismo humano: la curación consistirá, consiguientemente, en obligar al intruso huésped a abandonar la morada.

En eso está, precisamente, el arte de la "piache": pone en juego un conjunto de ritos y visajes que, se supone (y con toda razón, si de ello fueran capaces!) han de hacer pésima gracia al mal espíritu. No pudiendo éste sufrir la "fuerza del conjuro", optará por alejarse vencido.

La escena, lo confesamos, es siniestramente macabra.

Arrebujado en un oscuro rincón del tugurio, sobre sórdido chinchorro, yace el enfermo. La fiebre; el escalofrío, tal vez la agonía.

Llega la "piache", o sea, una bruja "graduada" (consiste el grado en que ésta sea capaz de sufrir el ataque convulsivo durante el conjuro; es ésta condición imprescindible para que se acredite la bruja). Un silencio familiar —como nube espesa— envuelve su presencia. Todos salen, y, silenciosos, se sientan a la entrada de la casa. Hablar entonces, sería de pésimo pronóstico.

Se inicia el conjuro.

La piache, solemne, concentrada, dueña de su papel y conocedora de las consecuencias de su intervención, da comienzo a la danza alrededor del enfermo.

Dentro, un brasero al rojo se encarga de ir haciendo irrespirable la atmósfera.

El baile se va animando.

En las manos de la piache resuena el mágico instrumento. un par de maraquitas. Con sus estrdencias, piensa la piache captar la atención del espíritu - verdugo, y obligarlo a huír.

Existe, sin embargo, un gran peligro: una vez fuera el espíritu, ¿no optará tal vez por invadir la persona misma de la bruja? La solución es fácil: los espíritus, a lo que parece, son poco amigos del tabaco. La bruja, no cesa todo el tiempo de triturar entre sus dientes hojas o picadura tabaquil.

Hay algo todavía más repulsivo: para apresurar la derrota del mal espíritu, la bruja se encarga de ir rociando al enfermo, sin interrupción, con aquel inmundito así elaborado. El paciente, entretanto; suspira lastimeramente, envuelto y agobiado en aquel extraño morasmo, que encargaría de perlas en marco de Purgatorio dan-tesco.

La escena se prolonga.

Un ritmo de animación sacude el baile: es ya fiebre, paroxismo histérico. Todo queda subrayado y rubricado por el golpe de un canturreo monótono, terrorífico. Pasan las horas. La bruja —inyectados los ojos, horripilante— a punto de agotarse en espectacular desenlace, va estrechando en una red de círculos mágicos al infeliz paciente. Falta el aire. También la luz. Tan sólo el chirrido de las maraquetas y el chisporroteo del brasero.

Llega por fin el momento dramático. La bruja, extenuada, se desploma: es entonces cuando se verifica el "desprendimiento" o tránsito del espíritu maligno.

El sortilegio ha concluido. En ocasiones, al llegar ese momento, el enfermo es ya cadáver. A veces, se ha agravado notablemente.

Pero otras veces, —cuando se trata, por ejemplo, de enfermedades de origen psíquico— es tal el choque emotivo producido por aquella escena, que se inicia en él franca mejoría.

¡Ni un médico en toda La Goajira! Innumerables piaches! ¿Qué extraño peso sobre el indio, negro, sofocante fatalismo?

APARENTE CONTRADICCIÓN

No destruye la muerte los vínculos familiares: ultratumba, para el indio, es un mundo tan real, tan lleno de colorido y movimiento, como los caños que corren, entre flor de penda y cantos de turpiales...

Tropezamos aquí con una aparente antinomia en el alma del primitivo, su sentido "económico" (diríamos: materialista) del ser humano, por una parte, y por otra: su visión espiritualista de todas las cosas.

Lo que denominamos "sentido económico" del hombre, equivale a una traducción, en lenguaje goajiro, de la antigua ley del

talión: "ojo por ojo y diente por diente".

¿Muere algún indio asesinado? Los parientes del muerto se reúnen en consejo. Se calcula meticulosamente cuánto valía el indio: edad, salud, capacidad económica, habilidades. En el caso de que le faltara, por ejemplo, un dedo de la mano, hay que rebajar algo el precio. Se llega a un acuerdo: la víctima valía tanto. El asesino deberá pagar inexorablemente el precio estipulado. ¿Lo hace? Se echa un velo de olvido sobre la injuria... y las tribus quedan en paz. ¿Se resiste a satisfacer el pago? Ay de él! Un buen día le quitarán una res; otro, le matarán el mejor de sus caballos; finalmente, aparecerá él mismo asesinado.

¿No es ésta, se nos dirá, una concepción demasiado materialista de la persona humana? ¿Cómo conciliarla con su afán de poblarlo todo de realidades etéreas?

La explicación es fácil: el primitivo es comparable al niño, el cual, si bien es cierto posee grandes alas imaginativas y profundas intuiciones, pero también ve lo concreto y palpable, es egoísta, caprichoso, impulsivo, vengativo... siente ingenuamente el cariño.

Llevado precisamente de este cariño, profesa apego no sólo al espíritu del muerto, en quien cree, sino a su cuerpo: por eso, por vía de apego infantil, cobra la injuria de la muerte, hasta el último cuadrante.

Personalidad psíquicamente primitiva, en él predominan reacciones "primarias" y, entre éstas, la más fuerte de todas: la venganza. Junto, pues, con la afectuosidad infantil, entra en juego esta siniestra, profunda capa instintiva.

"El indio es noble", me decía un cacique; y para corroborar su aserto "es noble, porque no olvida nunca. ¿Se le hace una injuria? Durante cien años, la estarán recordando sus parientes".

Estas capas primitivas del psiquismo se revelan más dinámicas, cuando, más allá del interés personal, peligra la "fama" de la tribu entera. Entonces la "venganza - pasión", mezclada, como en droga de farmacia, con la "venganza - justicia", y con todos los ribetes de orgullo herido, rivalidad de tribu, tradición ancestral, voluntad de poderío... despliega íntegra su oculta fuerza.

Un vistoso episodio en confirmación. Un indio venezolano había dado muerte a dos goajiros de la parte colombiana. Dos tribus enteras quedan interesadas. El indio es juzgado por las leyes venezolanas y por el "código goajiro". Este le condena a pagar treinta mil bolívares y ochocientos reses ma-

yores. El pago debía efectuarse en tres etapas. Hace apenas tres meses, tuvo lugar la "tercera entrega". Con ella quedaba sellada la reconciliación de las tribus, hasta entonces distanciados. Se trataba, pues, de un solemne acontecimiento, de significado social. Había que desplegar toda la pompa, bullente y vistosa, que el indio en esas ocasiones acaricia como a un retazo cálido de historia ancestral. Dos mil indios, de cada parte, acudieron a la ceremonia de la "entrega". Brillante concentración, en que, polícromamente fundidos quedaron: la tersura bronceada del arco con la sólida arma americana, último modelo! Turbión nervioso de caballos, penacho y plumaje, gallardía de silueta y soberbia de tribu! Sobre el enjambre febril, descendió aquella tarde, envuelta en sedas de atmósfera, la anhelada reconciliación.

La "economía" se resolvió en amistad

AMORES DE ULTRATUMBA

Se ha batido el indio, cuerpo a cuerpo, con lo que él creía "causa" de la enfermedad: el mal espíritu. Ha procurado "conjurarle", haciéndole imposible la vida en la mansión humana. Todo ha sido inútil! ¿La realidad? Unos cuantos escombros, todavía palpitantes, de lo que fué, para la india atónita de dolor, pedazo caliente de sus entrañas. La macabre ha triunfado. O la lima silenciosa, implacable, del bacilo. Con el ruido de las maraquitas, apagóse tal vez la llama de algo querido. ¿Qué queda entonces?

¡La segunda parte del gran drama! De par en par, abre el indio al dolor todas sus compuertas. Es una reacción primitiva, aparatosa, "en bloque". No es ya el llanto resignado, es el alarido. Ni el gesto sobrio, peinado por exigencias sociales, es la suelta cabellera, que flota al aire como raudal de lágrimas.

Reacción "en bloque". todo el psiquismo, acaparado por el dolor, condensado, se dispara fugaz hacia el polo del lamento. Dramatismo en bruto.

¿No es éste el estilo de las grandes fuerzas naturales? Siente y llora el indio como podrían hacerlo un torrente, un barranco, un despeñadero cortado a pico, si tuvieran corazón y hubieran perdido un hijo. Pura naturaleza; tierra virgen, no profanada aún por el filo del arado-cultura. Por eso reviste todo el encanto de lo "en bruto". como la moleza, la maraña, el trueno. Pura auten-

ticidad vital. ¡Ni sombra de máscara o postura aprendida!

El hijo es "pedazo de entraña". y bien merece ser llorado un propio yo desgajado!

Es, pues, la lógica del instinto, del amor intacto, que se humedece en un instante con lenguaje de alarido y lágrima, para acompañar, más allá del cardenal pelado, al que emprendió la solemne peregrinación del más allá.

Una madre acaba de perder a su hijo, muchacho de catorce años. Sobre la muerte se cierne el misterio. Los tribunales intervienen. La madre, toda ella trepidación dolorosa, se presenta al Gobernador para reclamar el precioso cadáver. Quiere tenerlo cerca del tugurio. Quiere tapizar, con flor cotidiana de recuerdo, el frío trozo sepulcral. "Imposible! le responde el Gobernador. hasta dentro de cinco años, no podréis tocar el cadáver de vuestro hijo. Las leyes lo prohíben". Varios kilómetros separaban a la madre del sepulcro. Pues bien: diariamente, sin faltar un sólo día, se vió a la india, demacrada, miserable, encorvarse sobre la fría tumba como para derramar sobre ella su perfume de besos. Viaje cotidiano de kilómetros en alas del amor que no olvida. Puntualmente, con la sobria solemnidad de todo lo profundo, a los cinco años cabales, se presenta la india al Gobernador: "vos me dijiste que viniera a recoger el cadáver de mi hijo. Hoy se cumplen esos años. Me lo déis". Ante esta estupenda "memoria de madre", el Gobernador se rinde.

¿Y los velorios? Alrededor de la casa de un cacique, en duelo, vi surgir un campamento, fluyente y multicolor. Los árboles se han convertido en una maraña de infinitos ohinchorros, que cadenciosamente se bambolean, bajo el claro parpadeo de infinitas estrellas. Unos quinientos indios han venido a hacer compañía al atribulado cacique. En la habitación fúnebre, donde reposa inerte el ser querido, un círculo de indios, entretejen su rosario de "lamentos". Es el lloro: la expresión plástica con que manifiesta el indio su participación en el dolor familiar; es el "alma de la tribu", que se aprieta, como pétalos dolientes, sobre la marchitez cética de la muerte. El "lamento", mezcla de clamor y gemido, seguirá resonando sin interrupción durante varios días: también la monotonía del oleaje acaba por adormecer las penas!

Gocjira! Gclajira! Tierra fértil en misterios, sacudida por el llanto de tus hijos. ¿Cuándo despertarás de su sueño secular?

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.